

# 1

*La música empezó cuando el sol se escondió entre los tejados. A través de la cúpula de cristal, el cielo amelonado se oscureció hasta que la luz se disipó por completo. Las estrellas se encendieron con el pasar de los compases, como tenues bombillas en la oscuridad que bailaban al son de las canciones. Parecían luciérnagas perdidas que soñaban con volar hasta la luna.*

El aire de finales de agosto era aplastante y húmedo, pero allí abajo, bajo el vaivén sin fin de la ciudad, el tráfico, los supermercados abiertos veinticuatro horas, las sirenas, los gatos callejeros, las farolas y los semáforos; allí abajo, en las entrañas de la ciudad, corría una brisa fresca que se mecía entre los que bailaban canciones de otros tiempos, un aire frío que danzaba entre las melodías del ahora y las del por venir. Tampoco se oía nada más que la música; aquel lugar estaba aislado del ruido incesante de los que habitaban la ciudad, pero también del silencio.

Al lugar lo llamaban el Saxo Ring.

Se accedía por una puerta roja al final de un callejón sin salida por el que nunca pasaba nadie. No había en la puerta ningún nombre ni indicación, por lo que cualquiera la pasaría por alto si no sabía lo que se ocultaba detrás.

---

La puerta roja se abría al mero contacto, desplegando unas escaleras tras de sí que se adentraban en la oscuridad, en una sorte de vacío que separaba el mundo real del que se ocultaba al otro lado, como si se tratara de un pasillo mágico que descendía al País de las Maravillas, o a un sueño, o a ambos.

Quien no llegaba antes de la puesta de sol, solía encontrarse las mesas abarrotadas y tenía que conformarse con disfrutar del espectáculo de pie, apoyado contra alguna pared si tenía suerte. En las barras los barmans servían cócteles y cervezas de forma frenética, sin descanso ni pausa entre bebidas, y corrían de un lado para otro para poder atender a todo el mundo.

Las paredes estaban cubiertas por luces de neón que serpenteaban a lo largo de toda la sala, creando un juego de luces y sombras que parecían bailar con la música y que le daban un ambiente onírico al lugar, un *je ne se quois* que hacía a uno plantearse si aquel lugar era real o no. El techo, cubierto por una cúpula de cristal, separaba la realidad y el sueño en dos, si bien era imposible determinar a qué lado se encontraba uno. En las noches claras, la luna brillaba en lo alto, como si intentara espiar a través de la cúpula lo que pasaba en el Saxo Ring.

El nombre no había sido escogido al azar. En el centro de la sala se alzaba un ring de boxeo imponente, visible desde todos los rincones. Se rumoreaba que antes de que el Saxo Ring fuera el Saxo Ring aquel sótano había albergado un club de lucha clandestino. Fueran rumores o no, el ring había perdido todo su propósito como espacio de duelos y combates, y se había llenado de instrumentos musicales. Había un piano de cola, violines, guitarras, timbales, trompetas, arpas, bajos y flautas. El saxofón que daba nombre al lugar estaba apoyado contra las cuerdas que delimitaban la tarima. El ring se había convertido en un escenario en el que cualquiera que quisiera era libre de subir y tocar. Al estar en el centro de la sala, se abría hacia el público en todos los ángulos y direcciones, de forma que cuando los instrumentos sonaban la música envolvía por completo la sala en una acústica impecable.

Sería difícil determinar cuánta gente conocía el lugar. Era evidente que

---

el Saxo Ring gozaba de cierta popularidad por su afluencia, pero lo cierto era que los asistentes eran siempre los mismos, semana tras semana. A la dueña del lugar, llamada Marie Lu, le gustaba mantener el local bajo secreto. No quería que corriera la voz de su existencia, pues de popularizarse hubiera perdido su magia. Tal era así que Marie Lu prohibía a los asistentes hablar del lugar con nadie fuera de este, bajo amenaza de ser expulsados de enterarse que aquella norma había sido infringida.

–Quien encuentra el Saxo Ring no lo hace por casualidad –decía–. Todo el mundo anda buscando algo la primera vez que llega y cree que lo va a encontrar al otro lado de la puerta roja, aunque pocas veces lo consigue. Quien viene al Saxo Ring una vez siempre vuelve otra. Cada viernes, sin falta. Se convierte en una necesidad. Uno no puede parar hasta que haya encontrado lo que venía buscando la primera noche. Y si al final sigue sin encontrarlo, al menos le quedará la música.

Elis Casanova era un vivo ejemplo de la máxima de Marie Lu. Llegó al Saxo Ring por primera vez tres años atrás, guiado por una nota que le dejó su madre antes de fallecer. *Tras la puerta roja están las respuestas*, seguida de una dirección que hacía difícil no dar con el lugar correcto. La primera vez que bajó las escaleras se preguntó de qué respuestas estaría hablando su madre. Quizás esa misma pregunta fuera la que necesitaba respuesta en primer lugar. Fuera como fuera, no encontró ninguna respuesta en el Saxo Ring, pero en la música halló una paz que había sido incapaz de encontrar en ningún otro lugar. Mientras buscaba preguntas para las respuestas que no tenía, decidió que volvería cada semana para tomarse un respiro del mundo implacable que le esperaba al otro lado de las luces de neón.

Aquella noche Elis Casanova estaba sentado cerca del ring, tan solo como siempre, disfrutando de la música en silencio. Sonaron versiones de los Beatles, Schubert y Mozart, David Bowie y Queen, Ella Fitzgerald y Amy Winehouse. Pero si uno no se esforzaba en recordar dónde había oído antes aquellas canciones, bien podría creer que era la primera vez que las escuchaba. Aquellos que se atrevían a subir al ring habían hecho tan suya la

---

música que tocaban que, por mucho que conservara su esencia original, había mutado para convertirse en algo distinto, más íntimo. Como si hubieran entremezclado la música con sus propias vidas.

A las cuatro de la madrugada Elis se levantó de su silla y decidió que era hora de volver a casa. Se puso su cazadora, pero antes de que pudiera dar media vuelta y marcharse, alguien subió al ring.

¡Qué distinta sería esta historia si Elis se hubiera girado sin mirar atrás y hubiera abandonado el Saxo Ring antes de verla! Quizás no hubiera historia que contar, o quizás sería una historia totalmente distinta.

Era una chica joven, de su misma edad, pelirroja. El cabello le caía sobre los hombros en rizos que recordaban a espirales de fuego, y sus mejillas estaban salpicadas por decenas de pecas diminutas. Se movía con una gracilidad admirable, como si cada uno de sus movimientos formara parte de una coreografía secreta que la brisa susurraba solo para ella.

Elis se quedó inmóvil. “*Conozco a esa chica*”. No sabía su nombre, ni siquiera recordaba conocer a ninguna chica pelirroja, pero al verla sintió que se habían visto antes, en algún lugar, y que habían hablado de algo importante. Era una certeza absurda, y, sin embargo, pocas veces había estado Elis tan seguro de nada.

La chica escogió un violín de entre los instrumentos del ring y dejó el arco reposar sobre las cuerdas como si de una pluma se tratara. Sonrió al público durante un breve segundo.

Cogió aire.

Y entonces empezó a tocar.

La sinfonía se apoderó de Elis por completo. Las notas desprendían el aroma de las mareas, el recuerdo de veleros partiendo al alba y la melancolía de una noche en la playa. Dejó de sentir su propio corazón y se le cortó la respiración. Podría haberse muerto en aquel preciso instante y no se hubiera enterado. La música le transportó a un océano lejano, y se sumergió en sus aguas profundas, rendido ante las corrientes marinas. Arrastrado a la deriva perdió la noción del tiempo y se abandonó a las notas del violín de la chica,

---

que bien podrían haber sido las olas de un mar lejano...

*SSSSSSHHHT*

La música se detuvo abruptamente en un chirrido infernal. El público se estremeció en un escalofrío y alguien dejó ir un grito histérico. Elis tardó unos segundos en entender lo que había ocurrido: el arco había tropezado con la cuerda equivocada, y la chica se había quedado paralizada, sin saber cómo continuar. El público contuvo la respiración, incómodo. Tan solo se oía un repiquetear tímido de gotas lluvia sobre la cúpula de cristal; estaba empezando a llover. La chica respiró hondo y cerró los ojos. A Elis le pareció ver que estaba temblando. Se oyó alguna carcajada, susurros.

“*No les hagas caso*” pensó Elis. “*Continúa tocando, continúa...*”. Y como si los pensamientos de Elis hubieran logrado llegar hasta el ring, la chica recuperó el aire, tragó saliva, y continuó tocando como si nada hubiera pasado.

Pero la gente ya había perdido el interés y ya nadie la escuchaba. Hablaban, repicaban sus bebidas, reían. Elis cerró los ojos e intentó dejarse llevar de nuevo por la marea de ese mar lejano, si bien el error había roto el hechizo hipnótico en el que se había sumido y volver a sumergirse en él se le antojó complicado con el jaleo de fondo.

Para cuando la canción terminó al fin, a Elis se le puso la piel de gallina. La chica estaba temblando, pero logró forzar una sonrisa nerviosa y ofreció al público una leve reverencia que fue ignorada. Tan solo se escucharon unos tímidos aplausos en el público, el de Elis el más enérgico con diferencia. La chica esbozó entonces la sonrisa más triste que Elis hubiera visto jamás, y durante una fracción de segundo le pareció que estaba a punto de llorar. Dejó el violín sobre el escenario y bajó del ring a toda velocidad, corriendo hacia la salida. Algunos de los miembros del público la señalaban entre risas.

La chica corrió escaleras arribas, y Elis se levantó y corrió tras ella. La siguió tras las escaleras de salida del Saxo Ring, la vio escapar por la puerta de vuelta al mundo real, abrió un paraguas del color de las cerezas y se sumió

---

bajo la tormenta, dispuesta a perderse para siempre.

–¡Espera!

La chica se giró y se limpió las lágrimas con la manga. Se quedó en silencio, expectante, sujetando su paraguas bajo la lluvia.

–Ninguno de ellos podría tocar una canción así.

Los separaban varios metros de adoquines mojados. El viento aullaba en la lejanía. La violinista continuaba callada, como si no supiera qué decir. Elis temía que en cualquier momento la chica se giraría y se marcharía sin decir nada, tal y como había subido al Saxo Ring.

–¿De quién era la pieza?

La chica se mordió los labios, y tras un instante de duda, con una voz quebrada, dijo:

–La compuse yo.

Elis se quedó atónito. La complejidad tras la canción que acababa de escuchar era digna del más virtuoso de los compositores clásicos. Jamás hubiera imaginado a alguien tan joven fuera capaz de escribir algo así.

–Es la canción más bonita que he escuchado en mucho tiempo.

La chica apartó la mirada.

–Gracias, eres muy amable. Pero me he equivocado en la parte más importante de la canción y lo he estropeado todo. Esa canción significa mucho para mí y esperaba que a todo el mundo le gustara. Creía que la primera vez que la tocara en público sería perfecta.

–Si me permites mi opinión, la perfección está sobrevalorada. No hace falta que algo sea perfecto para que sea especial.

La chica se quedó en silencio y volvió a limpiarse las lágrimas que corrían por sus mejillas, mezclada con la lluvia de la tormenta que ya había empapado a Elis por completo.

–¿De verdad te ha gustado?

–Creo que trata de un mar lejano que no sale en los mapas.

–¿Cómo dices?

–Tu canción. Creo que trata de un mar lejano que no sale en los mapas.

---

Ahí me ha parecido llegar mientras te escuchaba. Oía las olas y la marea de fondo.

Los ojos de la chica chispearon y le dedicó una cálida sonrisa. A Elis se le llenó el corazón de alegría al comprobar que la triste sonrisa que había visto sobre el escenario había desaparecido.

–La canción se llama *Balada del náufrago y de las gaviotas*. Creo que la has entendido a la perfección.

Elis no había visto las gaviotas desde el mar remoto en el que flotaba durante la canción, pero se las imaginó volando hacia la orilla a la que le había llevado el final de la canción, buscando al náufrago perdido, que quizás no fuera nadie más que él mismo flotando a la deriva.

–Es curioso –dijo Elis entonces–. Pero creo que nos habíamos conocido antes, en algún lugar. Creo que una vez hablamos de algo importante.

–Ah, ¿sí? –la chica pareció sorprendida–. Lo siento mucho, pero si es así no lo recuerdo. Espero que no te lo tomes a mal.

– No pasa nada, al fin y al cabo, yo tampoco lo recuerdo con detalle. Debe tratarse de una confusión. ¿Cómo te llamas?

– Anita –dice ella–. ¿Y tú?

– Me llaman Elis.

La lluvia le había calado hasta los huesos y empezó a temblar. Anita se dio cuenta, y dijo:

– ¿Te apetece que entremos y tomemos algo?

\* \* \*

---

# 2

*Elis llegó a la cafetería con los primeros rayos del sol.* Dejó su cazadora colgada en la cocina y se puso el delantal. Susi solía llegar siempre más tarde, tras dejar a su hijo en el colegio, así que él era el encargado de prepararlo todo a primera hora. Limpió las mesas, levantó las persianas y encendió la radio.

El primer cliente del día era un habitual. Elis no sabía cómo se llamaba: para él era “el hombre de los mofletes rojos”. Venía corriendo cada mañana hasta la cafetería y llegaba con el traje empapado en sudor. Siempre parecía estar llegando tarde a algún lugar.

– Un café, por favor.

En la cafetería de Susi, Elis era el encargado de los cafés. No tenía que limpiar, cocinar, ni llevar cuentas. De todo eso se encargaba Susi. Su única función era preparar cafés. Tampoco es que fuera un barista cualquiera: en la cafetería de Susi los clientes pedían café y punto, y Elis decidía después la forma correcta de prepararlo.

---

Aquella mañana, por ejemplo, Elis vio en los ojos del señor de los mofletes rojos que estaba preocupado. Quizás tuviera una presentación importante en la oficina en la que trabajaba, quizás fuera a declararse por fin a la mujer con la que llevaba años saliendo. Tenía cara de no haber dormido bien; Elis lo veía en las nubes borrosas que eran sus pensamientos, imágenes desenfocadas que no permitían sacar nada en claro.

El señor de los mofletes rojos era un coleccionista de cactus amateur, y el café que le preparaba Elis era siempre como los cactus que tanto apreciaba: delicado por dentro, pero con un aspecto duro y peligroso. Elis sabía todo esto porque lo había leído en sus ojos. No podía permitirse ir preguntando como si nada a los clientes por aspectos tan personales. “¿Por casualidad, señor, tiene algún hobby peculiar que pueda ayudarme a preparar su café?”. Si hiciera ese tipo de preguntas le tomarían por un entrometido y no volverían a pisar la cafetería de Susi. Así que la única manera que tenía de obtener la información que requería su trabajo era ser discreto y leer en los ojos de sus clientes. Al fin y al cabo, saber que el hombre los mofletes rojos coleccionaba cactus era una información clave para poder prepararle su café perfecto.

Poca gente sabe que los cafés tienen su propio carácter. Los hay ariscos y misteriosos. Otros son dulces y agradables. De una forma u otra, cada uno tiene matices que lo hacen único, al igual que ocurre con las personas. Comprender los detalles ocultos tras cada café era una disciplina complicada, pero era un esfuerzo necesario para cumplir la labor de Elis como barista. Llevaba años estudiando las personalidades ocultas tras cada café, catándolos en silencio, tomando notas y descifrando los detalles tras sus aromas y sabores. Se tomaba la tarea con tal disciplina que cualquiera diría que, en sus aromas y sabores, entre los tostados, las mezclas y los molidos, Elis buscara el sentido de la vida. Si se esforzaba lo suficiente, Elis estaba convencido de que uno podía llegar a elaborar un café de una esencia idéntica a la de la persona para quién estuviera destinado. Elis los llamaba “cafés perfectos”.

---

Tras tantas mañanas leyendo en los ojos del señor de los mofletes rojos, Elis creía conocerlo con soltura. Así que cogió el café de Nicaragua de la despensa y vertió los granos en la cafetera. Dejó que cayeran las gotas justas, ni una más ni una menos. Añadió un poco de chocolate y vertió un par de gotas de whisky. El resultado era cremoso e intenso. Relajaría los ánimos del señor de los mofletes rojos, pero también le daría la energía que necesitaba.

—Aquí tiene.

El señor de los mofletes rojos dio un pequeño sorbo a la taza y suspiró. Se relamió los labios, y sin saber que estaba tomando un café diseñado al milímetro para su persona, continuó leyendo el periódico.

Elis solía necesitar varias lecturas antes de encontrar el café ideal para cada uno de sus clientes. Primero escogía el tipo de café, y luego probaba cómo combinarlo hasta encontrar la preparación perfecta. Una vez daba en el clavo, lo sabía. *Voilà le café parfait.*

Tan solo había dos cafés perfectos que no lograba encontrar por más que lo intentara. Cuando creía estar a punto de encontrarlos resultaba que lo había entendido todo al revés y tenía que volver a empezar.

El primero era el suyo mismo.

Intentaba leerse a sí mismo enfrenteado al espejo de su baño cada noche, antes de irse a dormir. Se concentraba en los ojos de su reflejo como hacía con el resto de gente, intentando descubrir qué se ocultaba más allá, pero le resultaba imposible ver nada. No sabía quién era, y el cristal no parecía dispuesto a darle las respuestas que buscaba.

El segundo era el de Anita.

Aquel se le antojaba un problema todavía más extraño. Desde que la conoció en el Saxo Ring —de aquello hacían ya dos años— había sido incapaz de leer en ella. Tampoco lo logró cuando empezaron a salir ni tras confesarle su amor varios meses después. Tras sus ojos verdes solo era capaz de ver una bruma espesa y densa, una barrera impenetrable que parecía alzada para que nadie pudiera descubrir qué se ocultaba detrás.

---

Aquel no era un fenómeno extraño: Elis se había encontrado a mucha gente con el mismo problema. Él lo llamaba “tener los ojos nublados”. Desconocía la causa de tener los ojos nublados, pero fuera como fuera resultaba mucho más difícil leer en ellos. La niebla ocultaba mucho mejor pensamientos, historias y recuerdos, difuminándolo todo en el subconsciente más profundo. A veces se preguntaba si las personas con ojos nublados sabrían de la existencia de aquella niebla tras sus miradas o si vivirían ajenos a ella, perdidas en el humo.

Orientarse en un laberinto de niebla requería mucho tiempo, y Elis leía con más paciencia en las personas con los ojos nublados hasta encontrar lo que buscaba, pero siempre terminaba encontrándolo. Anita fue distinta. Cuanto más creía conocerla, cuanto más cómodo se sentía abrazado a ella en las noches frías y oscuras, más espesa se volvía la niebla. Cuánto más creía saber de ella, más le alejaban sus ojos de la verdad. A veces pensaba que aquel era el motivo por el que Anita había desaparecido de su vida. Quizás alguien que no es capaz de ver a través de tus ojos no es alguien por quién merezca la pena luchar.

Entraron entonces por la puerta la mujer del chihuahua y la científica del pelo azul.

La mujer del chihuahua sujetaba entre sus brazos al diminuto cachorro que ladraba rabioso contra el mundo. Elis solía prepararle una mezcla de granos de Etiopía y Guatemala. Aquella mañana estaba muy animada: el divorcio debía estar yendo bien, así que añadió más granos de Etiopía. Solía acompañar la taza con una pizca de nata fresca y un pellizco de limón, pero en el último momento decidió prescindir del limón. Habría sido demasiado, y con los detalles nunca hay que pasarse.

La científica del pelo azul era un caso más complicado. Cada mañana se sentaba al fondo de la cafetería sin decir nada, sacaba de su mochila libros de física cuántica, termodinámica y astrofísica y tomaba nota en libretas y hojas que esparcía por la mesa sin orden aparente. Aunque nunca decía ni una palabra, Elis siempre la había considerado su cliente favorita.

---

Había empezado a venir un par de meses tras la desaparición de Anita. Elis no estaba pasando por un buen momento por aquel entonces, y cuando leyó en ella por primera vez y descubrió que la científica del pelo azul tenía los ojos nublados le invadió la nostalgia. Se tomó la misión de leer en sus ojos como una cruzada personal, si bien sabía que lo que esperaba encontrar en ellos no era ya un café perfecto, sino las respuestas sobre por qué Anita se había marchado sin explicación alguna.

Con el tiempo, Elis logró hacerse un hueco entre los ojos nubosos de la científica del pelo azul y al final, con mucho esfuerzo, logró leer en ellos. Así fue como descubrió que lo más importante para ella era su investigación. Elis deducía que debía tratarse de algo importante: la teoría de cuerdas, campos cuánticos, el origen de la masa, o algo así. Pero le llenó el corazón de tristeza descubrir que si le dedicaba tanto tiempo a su investigación era para llenar el vacío que sentía en su vida. Elis desconocía a que se debería ese vacío, y aunque le encantaría ayudarla no sabía ni por dónde empezar. “¿Tú también has perdido a alguien?”, quería preguntarle a veces. Quizás podrían sentarse y hablar de ello. Apoyarse el uno en el otro para llenar sus respectivos vacíos. Pero sospechaba que si la científica del pelo azul se esforzaba tanto en guardar un silencio absoluto era porque quería mantener encerrado el vacío que habitaba en ella, quizás en un intento de alejarlo de sí misma.

El motivo de aquel vacío permanecería un misterio para siempre. Ninguna lectura podría llegar a desenterrar un secreto tan profundo como aquel, guardado bajo llave en cofres etéreos. A veces ni siquiera uno mismo es consciente de los pesos invisibles que arrastra a cuestas.

Elis siempre le preparaba un café largo e intenso a base de granos de Colombia, que recubría con una capa de espuma y de caramelo al final. A la científica del pelo azul le encantaba la espuma, y siempre se la tomaba a cuharaditas cuando se quedaba bloqueada analizando uno de sus teoremas físicos. Elis creía que le ayudaba a concentrarse.

Le preparó el café como cada mañana y se lo llevó a la mesa. La

---

científica no dijo nada, pero antes de que Elis se diera la vuelta le miró a los ojos y le dedicó una sonrisa. Era su manera de decir gracias, sin palabras, tal y como hacía todo lo demás. “¿Tú también has perdido a alguien?”, preguntó Elis en silencio. Algún día quizás reuniera el valor para hacerlo en voz alta.

Más tarde llegaron el anciano de las gafas rotas, el universitario tartamudo, la periodista asmática y la escritora de cuentos eróticos. Mientras preparaba los cafés perfectos para cada uno de ellos llegó Susi.

–Veo que lo tienes todo controlado, chico.

–Me gusta como te quedan estos pantalones, Susi.

–¿Tú crees? Yo creía que me hacían todavía más gorda...

–No lo sé, Susi, pero estás estupenda.

Ella sonrió.

–Gracias, chico.

Mientras Susi preparaba los desayunos que le pedían, empezó a explicarle que tenía una cita.

–Se llama Mario y es entrenador de natación.

Aquella semana era Mario, la anterior Pau y la siguiente nadie lo sabía. Tras la cita le contaría a Elis lo magnífico que había sido y que estaba convencida de que esta vez sí que era el hombre correcto. Pero luego Mario, Pau, o quién fuera, la dejaban plantada y desaparecían para siempre. Elis le decía que aquellos tíos eran gilipollas y que no se la merecían. Ella respondía encogiéndose de hombros y forzaba una sonrisa como si todo fuera bien. Pero sus ojos delataban a Elis que creía tener la culpa de que la abandonaran.

Susi encontró a Elis tres años antes en un bar de mala muerte en la otra punta de la ciudad. El antiguo jefe de Elis no entendía que cada persona necesitaba un café distinto cada mañana, y que a veces uno no podía saber qué era lo que buscaba hasta que se lo daban. Tan solo le importaba el dinero. Obligaba a Elis a preparar cafés aguados usando tan poco café como pudiera. Decía que así se optimizaban los beneficios. Y si la leche estaba cortada,

---

daba igual. Nadie lo notaría. “La gente tiene el paladar de un sapo epiléptico”, decía. Hasta que una noche Susi se pasó por el bar y pidió un café. Tras un par de sorbos esbozó una mueca de asco.

—Perdona chico, creo que esta leche está cortada. ¿Te importaría prepararme otro?

Elis se disculpó y decidió que aquel era su momento para brillar. Leyó en ella que había tapado todos los espejos en su casa, que no se miraba en los reflejos de los charcos ni los escaparates por miedo a enfrentarse a su cuerpo, que cuando se subía a una váscula temía que el número hubiera aumentado de nuevo, que le horrorizaba recordar los nombres a los que se habían referido a ella durante años y creía que nadie podía amar a alguien atrapado en un cuerpo tan grande que no parecía caber en la mente de nadie.

Tenía un niño pequeño al que quería con locura y pretendía protegerlo del mundo como le hubiera gustado que la protegieran a ella. El padre se había marchado, o no existía. Pero el detalle que conmovió el corazón de Elis fue su gran secreto: escondido en un rincón de su mente como si no quisiera que nadie lo encontrara jamás, descubrió que era una amante secreta de la música latina, y que asistía a clases de tango y salsa cada semana, la última sesión de los viernes en el local más alejado de casa que pudo encontrar. Cogía dos metros y un autobús para llegar, pero así se aseguraba de que no se cruzara con nadie que la conociera. Temía que algún conocido se riera de ella al ver sus gordas caderas danzando al ritmo de aquellos bailes latinos.

Elis escogió semillas de Argentina, tan ocultas en las profundidades del almacén entre montañas de leche caducada como lo estaba la pasión secreta por el tango en el interior de Susi. Dejó que el café quedara corto y se lo sirvió con una cucharadita de miel y una pizca de sal. Cuando Susi lo probó se quedó callada, extrañada.

—¿Le has puesto sal a mi café?

—Sí.

—¿Puedo preguntar por qué?

---

Elis se encogió de hombros antes de responder, como si la respuesta fuera obvia.

–Si solo hubiera puesto miel habría sido demasiado dulce para alguien que arrastra tantos recuerdos salados.

Susi pareció sorprendida con la respuesta, pero no dijo nada. Pareció intuir a qué se refería, al igual que intuyó que Elis quería escapar de allí cuando le dijo que era la propietaria de una cafetería y que buscaba un ayudante. “¡Qué casualidad!”; pensó Elis. Quizás estuvieran dispuestos a encontrarse, o quizás fuera una casualidad fortuita. Susi dejó su teléfono apuntado en una servilleta.

–Si todos tus cafés son tan especiales como este, te dejaría prepararlos como quisieras.

Así que aquella misma noche Elis dejó aquel bar apestado, y empezó a trabajar en su cafetería. Con el tiempo se hicieron amigos. Susi no entendía cómo lograba elaborar aquellos extraños cafés, pero quedaba claro que a sus clientes les encantaban, así que nunca puso en duda sus métodos.

En cuánto Susi terminó de contarle todo a Elis del tal Mario, preguntó:

–¿Y tú, chico? ¿Cómo estás?

–Anoche volví a soñar con Anita.

Susi suspiró, pero no dijo nada.

–Estaba atrapada en un lugar oscuro. Me llamaba por mi nombre, pidiendo ayuda. Luego me desperté.

Susi se quedó callada durante unos minutos.

–Tienes que dejar de pensar en ella.

–¡Era un sueño! ¿Yo que quieres que haga?

–Ya sabes a qué me refiero, Elis. Estoy preocupada por ti. Desde que Anita se marchó no has vuelto a ser el mismo. Es como si se hubiera llevado una parte de ti consigo.

Elis no contestó. Le hubiera aterrado admitir en voz alta que eso era precisamente lo que había ocurrido.

Recordaba con claridad la noche en que Anita se había esfumado de la

---

faz de la tierra. Habían estado bebiendo vino hasta tarde, riendo. Los labios de Anita sabían a cerezas. Le pidió que tocara *La balada del naufrago y las gaviotas*, y mientras el violín sonaba Elis recordaba pensar que nunca había sido tan feliz. ¿Qué había hecho mal? ¿Qué había ocurrido?

Empezaron a bailar al ritmo de un vinilo. Luego Elis se empezó a marear y se desplomó. Más tarde descubrió que Anita había drogado su copa. Todo giraba a su alrededor y poco a poco empezó a quedarse dormido. Anita se inclinó junto a él y le dio un fuerte abrazo. Su rostro estaba repleto de lágrimas cuando se despidió.

–Lo siento, Elis. Gracias por todo lo que has hecho por mi, pero ahora tengo que marcharme. La canción de las mariposas está allí fuera. Tan solo espero que algún día puedas perdonarme.

Eso fue lo último que escuchó antes de caer en un sueño tan profundo que le pareció un pozo sin fin. Cuando se despertó ya era de día y el piso estaba vacío. Sobre la mesa había las copas de vino a medio terminar. El vinilo había dado paso a un silencio ensordecedor y la aguja flotaba en el aire como única testigo de aquella despedida. Anita se había llevado todas sus cosas y no había dejado ninguna pista de adónde había podido ir. Se había marchado tal y como había llegado a su vida: fugaz, como un huracán que lo revuelve todo sin remedio.

“La canción de las mariposas está allí fuera”, había dicho.

Lo único que Elis pudo sacar en claro fue que aquella maldita canción tenía la culpa de todo.